

José Enrique Covarrubias

Visión extranjera de México, 1840-1867

*1. El estudio de las costumbres
y de la situación social*

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis
Mora

1998

184 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 31)

ISBN 968-36-6781-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 28 de septiembre de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/vision_extranjera/345.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CONCLUSIONES

La reseña anterior ha permitido al lector conocer la aportación sociológica de algunos inmigrantes europeos en el México del siglo XIX. Si bien se ha constatado una diferencia de personalidades aparejada con la diferencia de énfasis en ciertos aspectos de la descripción social, falso sería decir que no existen inquietudes recurrentes, coincidentes en lo general con las de Montesquieu y Humboldt en sus obras clásicas. Recordar esos temas y las variaciones registradas en su tratamiento nos dará una buena base para poder concluir satisfactoriamente el estudio presente.

En primer lugar tenemos el factor geográfico o “clima”, para utilizar la terminología de Montesquieu. Los autores coinciden en general en que la temperatura agradable y el suelo pródigo de México repercuten en el talante relajado de sus habitantes, libres de toda preocupación acuciante sobre el futuro. Las divergencias surgen cuando se trata de precisar el aspecto geográfico que determina en mayor medida lo social. En el *Ensayo* de Mühlenpfordt importa ante todo la condición de altiplano de la parte central de México, aquella en que ocurre la mayoría de las transacciones comerciales. Es el relieve, no la temperatura o la fertilidad, lo que resulta más importante al dar cuenta de lo social. Sartorius recalca en cambio la riqueza minera del territorio, decisiva en la articulación de los medios de vida e intereses económicos mexicanos. Fossey y Biart destacan los fenómenos telúricos catastróficos que afectan la psicología de los habitantes.

El análisis también nos permitió ver que la vieja tesis climática sirvió cada vez menos para encontrar la lógica de la organización social mexicana. En Zamacois se convierte de hecho en un estorbo para la reivindicación de la honorabilidad mexicana. Quizá sea Sartorius quien obtiene los mejores frutos posibles del planteamiento climático, con esa aguda percepción suya de tres rasgos básicos del estilo nacional mexicano. Pero, aún en este caso, la indagación del efecto del clima y del suelo desembocan en un cuadro de vida y costumbres en el que la organicidad social, no lo climático, es el concepto sociológico central. La superación implícita de Fossey del dilema de libertad y determinismo, así como el enfrascamiento directo de Domenech con la cuestión del bienestar social, deslindada ya de la indagación geográfica, apuntan a una definición de causas sociales independientes de la “influencia positiva” del

entorno natural. Zamacois ejemplifica cómo la perspectiva histórica terminó por desplazar a la geográfica como punto de apoyo continuo para el interrogante sociológico.

De lo anterior se deduce que es en el periodo considerado que pierde fuerza la atribución de lo irracional humano al clima. La indagación sociológica posterior abordará lo irracional en función de los sistemas religiosos (Durkheim), de la acción afectiva (Weber), de las metas objetivas y subjetivas (Pareto), etcétera, pero no más de la influencia climática. La temática de la relevancia del medio natural será recogida entonces por la etnografía y la geografía humana o “antropogeografía” alemana, representada por autores como Friedrich Ratzel, Otto Schlüter y Hugo Hassinger. De cualquier manera, como Hermann Overbeck lo ha mostrado,¹ esta modalidad de estudio no tardaría en reconocer que el estudio del “impacto” del entorno natural en el hombre no queda completo sin el de la transformación de aquél por éste (concepto del “paisaje cultural”), con lo que la noción de una influencia climática omnipotente también queda atrás.

En cuanto a la percepción de la composición y estructura social de México, con las tendencias concomitantes, los autores suelen recurrir en mayor o menor grado a la tradicional división étnica en tres grupos principales. La gran excepción es Zamacois, quien ofrece una clasificación social sin alusiones a criollos y mestizos. Todos mencionan o dejan deducir la preservación del poder político y social por los criollos, en tanto que los mestizos avanzan en la conquista de nuevas posiciones sociales y políticas. En contraste, la población indígena se disgrega cada vez más del resto, separación que parece operar simultáneamente como causa y efecto de la fusión de los no indígenas. Mühlenpfordt y Sartorius muestran una notable flexibilidad conceptual que les permite ir más allá del significado racial de origen de estos términos y enriquecerlo con el análisis laboral, económico y cultural. El proceder metodológico es distinto en Fossey y Domenech, quienes prefieren la comparación por clases. Su observación, por cierto, da ya muy poca importancia a los contrastes raciales entre la población. Biart sí retoma, en cambio, la clasificación étnica tripartita, sin duda porque en su “desierto” (medio rural) la convergencia de las diferencias raciales y las sociales es aún muy patente.

¹ En “Die Entwicklung der Antropogeographie (insbesondere in Deutschland) seit der Jahrhundertwende und ihre Bedeutung für die geschichtliche Landesforschung”, en *Probleme und Methoden der Landesgeschichte* (ed. Pankraz Fied), Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1978, p. 190-271.

Resumamos ahora lo relativo a la religión en su aspecto social. La proyección de los propios juicios de valor da lugar a evaluaciones un tanto encontradas sobre la práctica religiosa indígena. La inquietud de los autores se orienta fundamentalmente al interrogante de si la religión representa —y en qué grado— un lazo de unión efectivo entre los mexicanos. La percepción más aguda al respecto es la de Mühlentfordt, quien registra el efecto de unión social e identidad nacional ejercido todavía por las prácticas religiosas, aunque también el disgusto general por los ímpetus políticos del clero. Es, pues, a nivel de la costumbre que la religión sigue desempeñando una función cohesionante de importancia y no en la organización política o el orden intelectual. Lo dicho por los demás autores no contradice tal observación y viene más bien en su apoyo.

Otra especie de unanimidad entre nuestros observadores sociales ocurre en lo relativo al significado social del comercio. Apoyado en su perspectiva geográfica, Mühlentfordt deja en claro la importancia de esta actividad que entrelaza los estados de la zona centro del país y ejerce así efectos centrípetos cohesionantes. Su relevancia para efectos de articulación social queda mostrada por Sartorius, Fossey y Biart, autores muy conscientes también de su alto índice de empleo. Zamacois y Domenech no dudan en incluir al comerciante entre los ciudadanos laboriosos y apreciables de la sociedad mexicana, tomándolo como la encarnación visible del deseo de trabajo que todavía existe en el convulsionado país. Incluso un exaltador tan evidente de la actividad industrial, como Fossey, reconoce la ambición e imaginación sociales que el comercio despierta entre los mexicanos. Me parece legítimo concluir que el comercio constituye un lazo aglutinante básico en el México decimonónico.²

Ahora bien, si el espíritu mercantil se ha revelado en las obras estudiadas como firme lazo de cohesión, las costumbres relacionadas con la moneda dejan percibir tendencias importantes en sentido inverso. Mühlentfordt, Sartorius, Fossey, Biart y Zamacois informan de las prácticas de falsificación y ocultamiento de numerario, así como de la discriminación de monedas en el comercio, lo que abre un jugoso recurso al lucro. Estas irregularidades constituyen innegablemente uno de los obstáculos más serios al auge del comercio en el México decimonónico. La diferencia en tipo, peso y ley de las monedas acuñadas en las distintas cecas del país acentúa la diversificación regional, aunque también es preciso decir que la buena calidad de la moneda capitalina, preferida

² Sólo Sartorius lo subordina en este renglón a la minería, que articula en forma decisiva al medio urbano y el rural.

por los negociantes, parece ejercer el efecto contrario. Éste es un punto que amerita en forma urgente el esclarecimiento de los historiadores de la economía y la administración mexicanas.

Otro aspecto social recurrente en las apreciaciones de estos observadores es el de la vida familiar y su impacto en la articulación social. Se trata, sin duda, de uno de los rasgos sociológicos más notables de la vida mexicana, sobre todo si tomamos en cuenta que Montesquieu y Humboldt no habían subrayado tanto el punto. Entre los autores hay unanimidad en que la vida familiar constituye en general el ámbito de sociabilidad más importante: no sólo es intenso el sentido de la responsabilidad para con los hermanos y padres, sino muy clara la incorporación de la servidumbre al círculo íntimo. Sartorius y Biart nos hacen ver que son principalmente los criollos quienes de manera más elocuente encarnan estas costumbres, propagadas al resto de la sociedad. También es interesante notar que Mühlenpfordt y Fossey no consideran que la mujer mexicana esté oprimida; en ella detectan más bien el disfrute de una libertad personal muy aceptable. Estas afirmaciones valen, desde luego, para la población criolla y mestiza de cierto nivel económico. La situación de las indias es vista como lamentable por casi todos. La fuerte proyección de la sociabilidad familiar en la de la entidad social completa queda elocuentemente expresada en la inclinación de Sartorius a hablar de su pertenencia a la sociedad de México como miembro de una familia.

Lo anterior resume los aportes sobre religión, comercio, moneda y familia entre los mexicanos. No estaría el cuadro completo sin dejar de presentar algunas conclusiones sobre las cuestiones psicosociales, que no por aparecer en forma más dispersa o implicada dejan de tener su relevancia. En la percepción de estas cuestiones destacan, en mi opinión, Mühlenpfordt, Sartorius, Domenech y Biart. El primero despliega un cierto tratamiento interiorista de las costumbres que le permite encontrar la racionalización de los sujetos respecto de las mismas. Si bien en varios casos se trata de racionalizaciones un tanto cuestionables, este autor no se pronuncia en forma abiertamente crítica sobre las mismas y se limita a presentarlas más bien como un elemento indispensable de su cuadro social.³ Sartorius alude a la falta de identidad del mestizo, que evidentemente fortalece su ambición y disposición a adaptarse a todo. Domenech y Biart proyectan más claramente sus juicios valorativos y junto con éstos su repulsa a ciertas patologías mexicanas,

³ De los autores aquí reseñados, Mühlenpfordt es el que más se abstiene de pronunciar juicios de valor, salvo en lo relativo a la evangelización española durante la colonia.

como la del complejo ante los extranjeros, la justificación fácil de las prácticas corruptas y el machismo cruel que deshumaniza la relación amorosa. Tengo por cierto que esta percepción de patologías psicológicas de los observadores extranjeros del siglo XIX no ha sido suficientemente valorada,⁴ por lo que no se les ha dado el mérito que merecen como precursores de los estudios de cultura mexicana inaugurados por Samuel Ramos en el siglo XX. Como personas incorporadas a la sociedad mexicana pero no del todo asimiladas, dado su origen forastero, los inmigrantes están en la situación ideal para detectar esas patologías.

Referidas las conclusiones sobre la temática sociológica desplegada, abordemos lo referente a las vertientes que dentro de ella pueden distinguirse, lo que permitirá situar esta producción en la historia intelectual.

El tipo de tratamiento exhibido por Mühlenpfordt y Sartorius muestra la cercanía del abordaje sociológico con el etnográfico, muy en boga en esos años.⁵ Ante esto surge el interrogante: ¿cómo se distingue el tratamiento sociológico del etnográfico en esos años? La cuestión gana interés al tomarse en cuenta que el siglo XIX fue la centuria de consolidación tanto de la sociología como de la etnografía, además de que no faltaron autores que ensayaron ambos acercamientos, según el ejemplo de los alemanes mencionados.

Pues bien, la caracterización de la sociología decimonónica ofrecida en la introducción permite responder a este cuestionamiento. Como mencioné entonces, con base en afirmaciones de Raymond Aron, la curiosidad sociológica articulada y explícita surgió al parejo del deslinde de un orden social del político tradicional, con lo que se rebasó el tratamiento habitual de la filosofía política. En la descripción etnográfica de esos años no encontramos una dialéctica comparable a la sociológica que contraponga constantemente dos órdenes de vida colectiva, como lo son el social y el político. El interés etnográfico central es el del origen, desarrollo y transmisión de los elementos culturales. También importa constatar que la sociología de esos años cuenta con inclinaciones conceptuales bastante claras, como la búsqueda de leyes causales y la alternancia de aproximación sintética y analítica ya mostrada, de lo que no parece haber equivalente en los afanes etnográficos de esa misma época. Una obra como el *Ensayo* de Mühlenpfordt muestra a las claras este contraste: su descripción sociológica tiene un fondo conceptual bien

⁴ Una excepción la constituye Felipe Teixidor, quien en su prólogo a la ya citada edición Porrúa de *La vida en México*, de la marquesa Calderón, incluye algunas referencias al punto.

⁵ El ya citado libro de Brigitte B. de Lameiras aborda la aportación de estos autores en lo etnográfico.

estructurado que no aparece en su consideración etnográfica, que a menudo se queda en lo meramente descriptivo.

Conclusiones semejantes pueden obtenerse de una comparación de la geografía y la sociología de estos años, emparentadas por el interés común en la influencia climática.⁶ El tema geográfico de Humboldt, en el *Ensayo*, es ante todo el de la distribución y ordenación espacial de los fenómenos (incluidos los humanos) y su entrelazamiento consecuente. En el estudio geográfico de las actividades y producciones humanas importan más que nada las posibilidades o limitantes que el marco geográfico específico abre al aprovechamiento de recursos (naturales y humanos). Sentada así la gama precisa de utilización de recursos, puede establecerse el máximo bienestar físico posible para la colectividad en cuestión e interrogarse sobre si la situación social y administrativa está favoreciendo la consecución de dicho bienestar. Este último planteamiento constituye el puente que lleva al estudio sociológico. De la comparación con el proceder geográfico vuelve a resultar patente que la sociología de esos años se distingue por la búsqueda de leyes, en tanto que el estudio geográfico, interesado en las limitantes y posibilidades económicas de un territorio específico, no generaliza tan fácilmente.

Confrontemos finalmente la curiosidad sociológica en cuestión con la económica, de lo que resulta un contraste inverso a los anteriores. La economía política clásica fue todavía más afecta que la sociología a la formulación de leyes.⁷ Esto se debe en mucho a que da prioridad a la condición material del hombre y desestima la diversidad moral que también ostenta. Como ser económico, el hombre es considerado ante todo como capitalista, trabajador o consumidor. En contraste, el propio Montesquieu no deja de postular una tensión constante entre las leyes causales del comportamiento de los pueblos y la facultad de autodeterminación moral del hombre, además de plantearse en forma explícita el problema de la racionalidad de la conducta.⁸ La sociología del periodo tomó más en serio la definición del hombre como un ser

⁶ Recuerdo al lector que, en esos años, no existía una diferenciación entre geografía física y geografía humana, que ésta se impuso en fechas posteriores. La “geografía física” de Humboldt abarcaba plenamente lo humano. Al respecto puede verse mi análisis del *Ensayo* de Humboldt en *Historiografía mexicana III. El surgimiento de la historiografía nacional* (coordinación general de Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo; coordinación del volumen Virginia Guedea), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, p. 39-47.

⁷ Ley de los rendimientos, de las importaciones y las exportaciones, de los flujos de dinero entre naciones, de la proporción inversa entre el valor del circulante y el de los bienes del mercado, etcétera.

⁸ Mientras que los economistas de esos años suelen partir de teorizaciones que dan por sentada una racionalidad económica basada en el propio provecho individual.

simultáneamente físico y moral, con la problemática filosófica consecuente.

El tratamiento sociológico decimonónico no se desliga, pues, de las reflexiones filosóficas y morales que la explicación de los comportamientos colectivos le tenía que plantear. En la introducción veíamos cómo el plan sociológico de Montesquieu postulaba el dilema entre necesidad y libertad humanas en relación con la influencia climática. Cabe decir que, más allá de este interrogante filosófico concreto, la reflexión sociológica en cuestión se sustenta en concepciones básicas del hombre. Si hubiera que resumir estas nociones fundamentales en los autores vistos, tres me parecerían descollantes.

Tenemos la aproximación integral con base geográfica, manifiesta en las obras alemanas reseñadas. Sin ser deterministas, Mühlenpfordt y Sartorius nos recuerdan el hecho de que el hombre está sustentado en y por la naturaleza, dato básico para entender sus posibilidades materiales y su consecuente esfuerzo de organización social. El conocimiento del entorno natural les parece decisivo para el avance cultural, que en buena parte consiste en la toma de conciencia de la personalidad geográfica —por decirlo así— del país en que se vive. Patente es el gozo que les causa constatar la condición telúrica (*Erdgebundenheit*) del ser humano y la participación de éste en la concatenación de los fenómenos terrestres.

Fossey y Domenech no se muestran tan interesados en el sustento natural de la realización del hombre como en la capacidad de éste de dominar la naturaleza. Sin embargo, el mejoramiento material sólo tiene sentido si viene acompañado de un perfeccionamiento moral paralelo. Respecto de la organización social, estos dos franceses resaltan la importancia del conocimiento útil y del acatamiento a la autoridad. La búsqueda de bienestar por las sociedades modernas no es por tanto condenable, siempre y cuando se encauce por la vía del esfuerzo honesto (Fossey) y no dé lugar a la rutina entumecedora (Domenech). En nada nos debe extrañar que los principales elogios de estos analistas sociales sean para quienes les parecen la encarnación ideal de la vocación simultánea de trabajo y servicio útil: los industriales y los sabios.

Biard y Zamacois estiman que la dignidad y el honor son características esenciales del hombre. Las costumbres y la observancia de la respetabilidad infinita del otro tienen sentido como formas de moderación de todo impulso que atente contra esos atributos básicos de humanidad. Influidos indudablemente por su vocación literaria, estos autores exhiben una percepción trágica de la condición humana, siempre expuesta a la violencia y la indignidad. La majestuosidad y la belleza de la naturaleza, dones gratuitos del Creador, representan una especie de contrapunto

divino al imperfecto orden humano; de ahí el consuelo que ofrecen a los dolientes. La actuación social del hombre debe ser la compasión gratuita y reparadora, de lo que Biart ve un buen ejemplo en la intervención francesa y Zamacois en la labor caritativa del clero mexicano.

Tenemos, pues, tres grandes concepciones del hombre que sustentan tres doctrinas de principios de acción y re-acción social. De ninguna de ellas podría decirse que esté representada por alguna escuela sociológica actual definida. Entre la generación de estos autores y la nuestra está la de Durkheim y Weber, quienes ya no se plantearon el problema de la inserción humana en la naturaleza como los sociólogos previos. De cualquier manera, los tres cuestionamientos centrales no desaparecieron de las ciencias sociales practicadas en el siglo xx. La pregunta sobre las repercusiones sociales del nexo hombre-medio geográfico se mantiene aún en la corriente alemana de historia regional.⁹ La indagación en torno a la correspondencia o divergencia entre bienestar económico y satisfacción espiritual vino a ser una de las preocupaciones centrales de la sociología de Durkheim y reaparece en obras como *Progreso y desilusión: la dialéctica de la sociedad contemporánea*,¹⁰ de Raymond Aron. En cuanto a la reflexión sobre la violencia en la sociedad, bastaría recordar su importancia en autores como Georges Sorel y en los teóricos revolucionarios en general. Si algo debe quedar claro de todo lo anterior es que la indagación social reseñada toca cuestiones básicas de la reflexión moderna en torno a la condición humana y a la proyección de ésta en los fenómenos colectivos.

⁹ Como ejemplo de lo que se trabaja en Alemania en esta dirección, puedo mencionar el libro *Landesgeschichte heute. Mit Beiträgen von Klaus Fehn, Carl-Hans Hauptmeyer, Ernst Hinrichs, Franz Irsigler, Gerhard Scheider* (edición Carl-Hans Hauptmeyer, Göttingen [Gotinga], Vandenhoeck & Ruprecht, 1987).

¹⁰ Caracas, Monte Ávila, 1969.